

Figura y esencia de Atahualpa Yupanqui

HABÍAMOS conocido varias de sus grabaciones, especialmente “Caminito del Indio”, que nos habían llegado hondamente al corazón. Admirábamos al intérprete de un rico folklore indígena, no solamente por su expresividad, por el sentimiento que ponía en sus canciones, por la belleza de las composiciones elegidas, sino también porque intuíamos, detrás del artista de voz y de manos seguras, una conciencia alerta de hombre de nuestro tiempo, compenetrado de una misión e identificado con la suerte de su pueblo. Y así, tal como lo habíamos imaginado es en lo moral y espiritual este Atahualpa Yupanqui de nuestra antigua admiración.

No bastan un instrumento y una garganta, tener guitarra y ganas de ponerse a cantar. No basta, tampoco, saber cantar. Algo más se le exige a quien busca la atención colectiva, para que podamos ponernos de pie y saludar a un artista. De cantores y guitarreros estamos sobrados. Artistas populares -por lo que hay en ellos de savia de pueblo, hondura de raíz nuestra-, no abundan en el panorama de esta América indígena, “que aún reza a Jesucristo y aún habla en español”. Por eso saludamos con auténtico fervor americanista la presencia entre nosotros de Atahualpa Yupanqui, hombre y artista de nuestra raza, ciudadano de todos los climas de libertad, exponente dignísimo de una conciencia continental. Atahualpa Yupanqui, magnífico por sus interpretaciones, y Atahualpa Yupanqui, magnífico por su limpia actitud frente a la vida.

Hubimos de verlo, para conocerlo mejor, fuera del escenario y bajo otras luces más cordiales, más íntimas. En la rueda amiga, por ejemplo, de pintores, poetas, escultores y periodistas, que le formaron un clima de comprensión y de afecto. Allí lo vimos a Yupanqui, tal como realmente es este dulce y recio cantor de las tristezas andinas. Que no es, repetimos, solamente un gran artista folklórico, sino, también, un altísimo valor humano.

Atahualpa Yupanqui se capta de inmediato la simpatía general de quienes lo observan y lo escuchan. El rostro parece hecho a golpes de cuchillo, con definidas características de aborígen, de puro descendiente de una raza bravía, no domesticada aún. Hay en este legítimo indio toda la fuerza y toda la belleza de una raza rebelde, con sus negros y brillantes ojos, la blancura de sus dientes, los lisos y abundantes cabellos, la frente despejada y amplia, la estampa varonil y el gesto rotundo de un cacique. Es cierto que en sus canciones se arrastra el escondido dolor de los llanos y de las sierras, que en ellas domina la angustia del perseguido o la pena intraducible del nativo solitario. Pero las quejas de sus cantares indios, siendo de una tan desoladora tristeza, hiriendo de manera tan desgarradora nuestra sensibilidad de puebleros ignorantes, nos sacude y nos levanta con el brío prodigioso de sus afirmaciones:

**- “Soy libre y soy dueño,
y puedo querer...”**

O con aquel símil del camino, con quien procura identificarse, de “subir a las cumbres sin abandonar el llano”. Así lo entiende Atahualpa Yupanqui, así lo sentimos nosotros.

Y ahora, para cerrar esta rápida semblanza del huésped, conviene agregar que se trata de un concertista de guitarra de los más completos y serios que hemos oído y que,

después de regalarnos con las mejores muestras de la música indígena -vidalitas y “bagualas” estupendas-, nos exhibe lo mejor del repertorio clásico con una maestría que no podemos menos que señalar. La guitarra no tiene secretos para Atahualpa Yupanqui, como no los tiene el alma del pueblo -pueblo de ciudad, de campo o de montaña-, con el cual se halla tan verdaderamente identificado este noble y exquisito artista.